

# *Presentación*

La modernidad se ha caracterizado, en gran parte, por el inmenso avance de las ciencias científico-tecnológicas. Estas ciencias han cambiado, para bien y para mal, el mundo moderno. Al comienzo de la modernidad muchos se hicieron la ilusión de que el hombre podría superar todas las dificultades de la vida y conseguir todos los bienes materiales y espirituales que el hombre pudiera desear. La experiencia nos ha enseñado que las ciencias todavía no han resuelto todos los problemas y que ha creado otros nuevos y mayores al hombre. Los científicos verdaderos de hoy son más modestos. Más aún, intuyen que la ciencia no podrá nunca llenar todas las aspiraciones humanas.

La mentalidad científico-tecnológica ha cuestionado profundamente la autocomprensión que el hombre tenía de sí mismo. El humanismo tradicional se ha visto relegado o arrumbado en los archivos, en el mejor de los casos. El “homo sapiens” ha quedado reducido al “homo scientificus-technicus”. Los estudios humanísticos se van dejando por inútiles, o se dejan para los “locos” que en el mundo siempre ha habido. Las grandes cuestiones sobre el sentido de la vida, su destino y su futuro, ya no son cuestiones que tienen un planteamiento serio y menos una respuesta.

El hombre es responsable de las creaciones y descreaciones históricas que ha venido realizando. Está llamado a recrearse una ecología material y social sana para su vida en la tierra y en la sociedad. El hombre es un ser «secular», es decir, responsable de la construcción de su mundo. Pero el hombre moderno ha cometido un gran error: se ha hecho «secularista», es decir, ha creído que podía construir su mundo cortando toda relación con el Ser Transcendente, que llamamos Dios. Ha caído en la vieja tentación de querer construir la Torre de Babel, es decir, un rascacielos simbólico sin contar para nada con el mismo creador y dueño del universo. Babel significa confusión, y por tanto acarrea una gran confusión entre los mismos hombres. No se puede prescindir de Dios sin prescindir del hombre, y viceversa.

Las consecuencias de este intento babélico del hombre moderno ya se han hecho sentir. El hombre modernista, rico o pobre, está profundamente insatisfecho y ha vuelto su mirada y su corazón hacia todos los horizontes en busca de consuelo. Nadie podrá negar que ha vuelto también su mirada hacia el cielo en busca de algún dios que le eche una mano para aliviar sus angustias. El hombre, en realidad, busca al Dios verdadero. Se tiene sed de espiritualidad. El siglo XXI se vaticina como el milenio de la espiritualidad del hombre.

Las Jornadas de reflexión de la Universidad Católica Andrés Bello y la Semana Teológica del Instituto de Teología para Religiosos han sido organizadas para tomar conciencia de esta situación dramática del hombre modernista. El año pasado se dieron los primeros pasos hacia el análisis de la Postmodernidad. Ahora se quiere profundizar más sobre este macrofenómeno.

Existen muchos movimientos religiosos que hablan de la inquieta búsqueda del hombre de hoy. Unos son más antiguos, otros más modernos. Unos provienen de las religiones orientales; otros brotan como reacción en la dura realidad mecanizada de la vida moderna. Unos gritan a Dios porque sufren una hambre injusta, y mueren; otros lo invocan porque la riqueza les da infartos o sida, y mueren. Otros alaban a Dios porque de él reciben el consuelo y la paz interior que nadie les puede dar.

La mayoría de estos movimientos religiosos han nacido y viven al margen de las Iglesias tradicionales. No se acepta nada impuesto por la tradición, a no ser en los medios fundamentalistas. La presentación tiene que ser *light*. La pastoral tiene que ser virtual o de Internet. Se cree inconscientemente en la armonía total de Acuarium, que anuncia el nuevo milenio. Se está dispuesto a dejarse conducir por los astros y los horóscopos, o por algún conocimiento esotérico. El karma es una solución o una condena. Es la última palabra. La New Age es el portaviones que carga con la mayoría de los nuevos movimientos religiosos. Pero la New Age tiene también sus gestores que la comercializan en el mercado libre religioso.

En este número de la Revista ITER recogemos algunas reflexiones que puedan ayudar a discernir los caminos de la vida. Esta sabiduría del discernimiento no es un atributo de las «maestros ascendidos», sino de los humildes que se dejan conducir por el Espíritu de Dios en Jesús de Nazaret.

*José C. Ayestarán, S.J.*